



MONTERREY, N.L. DOMINGO 19 DE JULIO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## Dialécticas frente al espejo

FALLO DE CULPA  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

“Una última cosa, antes de que comencemos”, le dije a Cecilia, quien me observaba desde la pantalla de su computadora, a través de Zoom. “¿Qué profesión tienes?” Soltó una carcajada y movió su cuerpo hacia adelante. Me explicó que daba clases a niños de primaria y que esa tarde de domingo, aún le esperaban doscientos exámenes por revisar.

Pero también contaba con un doctorado en antropología y alguna vez había pertenecido al Sistema Nacional de Investigadores. Supuse que al ver similitudes entre su vida y la mía (yo también había concluido un doctorado y era Investigador Nacional), le atraía de alguna manera: pensaría que, ayudándome a sanar mis heridas, ella podría curar las suyas.

Muchos años atrás, siendo ella una niña que apenas comenzaba a caminar, sus pequeños pasos la llevaron hasta las escaleras que descendían profundamente hasta el sótano de la casa. Su madre atendía una llamada telefónica desde el viejo aparato conectado a la pared, cuando la vio: soltó el teléfono y corrió para detenerla. Alcanzó a lograrlo; pero tropezó con el barrote del barandal y fue la madre quien cayó hasta el fondo. Se encontraba embarazada de quien sería su segunda hija. En ese momento, perdió a la niña.

Las razones exactas que habían llevado a Cecilia, mucho tiempo después, a sus más de sesenta años, a inscribirse en la maestría en psicoterapia musical en la que nos encontrábamos, las desconozco yo. Pero ahí estábamos, frente a frente por computadora, en la materia de prácticas supervisadas. Cuatro semanas atrás, había sido mi turno ejecutando como terapeuta. Esta vez, le tocaba a ella.

Al inicio, ninguno de los quince alumnos inscritos en la clase nos ofrecíamos a servir como paciente. Aquellos con iniciativa ya habíamos pasado como clientes. La maestra estaba a punto de imponerle a un estudiante como entrevistado, cuando Cecilia pidió que fuera yo. Acepté con gusto.

Ella comenzó a preguntar sobre mi estado físico. Le dije que me encontraba mejor, que ya no dolía la operación y ahora podía realizar algunos ejercicios. Y para no convertir su tarea en una búsqueda dentro de una caverna, inmediatamente puse sobre la mesa el tema que deseaba tratar: lo sucedido conmigo desde aquella última clase en la que me había tocado practicar como terapeuta, de la que obtuve apenas la calificación aprobatoria.

Nunca en mi vida había dado yo importancia a mis evaluaciones, le dije; pero extrañamente, ahora, a los cuarenta y cinco años y en esta maestría en musicoterapia, me dolía enormemente aquel



siete. Fue como escuchar un trueno cerca de mis oídos. Y durante las últimas cuatro semanas, comenzaba a sumergirme en temas que había abandonado hacía quince años. Fue un regreso sorprendente y ansioso a los asuntos de los que había huído como Doctor en Química: Los de la ciencia de la cosmética.

Pero Cecilia no hizo caso. Volvió a preguntar sobre mi operación de vesícula. Me pidió que me levantara y realizara movimientos de brazos y piernas, que dejara mi cuerpo temblar y fuera más consciente de lo que me sucedía físicamente. Me preguntó otra vez sobre la herida de la operación. “Lo que siento, más bien, es tensión en los hombros y algo de presión en el pecho”, le dije. “Dale un masaje a tu herida”, me dijo, “deja que sane”.

Ella continuó con su propio programa de terapia corporal, preconcebido quizás para ella misma, pero no para mí. Y aunque mi frustración creció durante los veinte minutos restantes, pude mantenerme ecuánime. Hasta que su tiempo concluyó: vinieron las evaluaciones de los alumnos y de la maestra. Yo tuve que ser el primero en retroalimentarla. La primera parte había ayudado; la segunda, no tanto. Le otorgué el mismo número que ella se autoasignó: ocho. Los compañeros: siete punto cinco. La maestra: siete punto cinco. Cecilia, a los sesenta y cinco años, expresó molestia: no estaba de acuerdo con la calificación que le habíamos otorgado.

Me vi reflejado en ella. Descubrí que en el siete que había yo obtenido, había temas que no comprendía de mí, pero que ahora reconocía: mi poca experiencia en la escucha activa. Aprendí de una nueva ligereza hacia los números de las calificaciones. Pude apreciar mis logros alcanzados fuera de la Química. Y los amé. En

palabras de Cecilia: comprendí lo afortunado que era: las tareas a las que me había abocado en lugar de mi profesión me habían nutrido: como los abrazos cariñosos de una madre: sin culpa, sin reproche.

Pero aquel domingo, Cecilia abandonó la maestría en musicoterapia, diciendo que haría como yo: que volvería a sus tareas de siempre. No pude convencerla de quedarse. Se fue pensando en un supuesto daño: el que me había causado: sombra de una culpa, de un accidente. Pero en realidad, contribuyó a encontrar para mí, la cura que ella misma buscaba para sí.

### LA HORMIGUITA CONDUCTORA OLGA DE LEÓN GONZÁLEZ

¿Qué te sucede hormiguita? Te noto un tanto triste o apesadumbrada. ¿Has dormido mal o te has desvelado?, le cayeron como gruesas gotas de lluvia dentro del auto las preguntas que provenían del otro lado del espejo retrovisor. Conducía su automóvil despacio, más lento que de costumbre; el asfalto estaba resbaladizo y un intempestivo chubasco caía fuertemente.

No lo sé; a lo mejor sí me he desvelado y he dormido mal lo poco que duermo. Pero, creo que no más que de costumbre, algo me pasa y no he querido detenerme a analizar ni las causas de mi constante cansancio y debilidad durante el día... A usted, ¿no te sucede lo mismo?

Silencio del otro lado del espejo. En realidad, la hormiguita no esperaba ninguna contestación, conocía la respuesta.

La ciudad había vuelto a lo que luego se llamaría “la nueva normalidad”; sin embargo, nada parecía distinto. Afuera, en la selva del asfalto, todos los autos corrían a alta velocidad. Nadie manejaba

ni con gentileza, ni más despacio.

Con esas ideas, y otros recuerdos acerca del nuevo estilo de vida, iba manejando nuestra amiga, la hormiguita colorada, muy ecuánime y tranquila. Sin perder el control del auto, ni el de la memoria de los hechos del pasado que asaltaron su conciencia en ese momento. Pero, aun así, bajo tales condiciones, su concentración mayor recaía al frente de su vista, era buena conductora y tenía años de experiencia, por eso atendía hacia el camino y el cuidado de no caer en algún bache, que por allí la lluvia podía ocultarlos.

Conducía sobre el carril central, que no era su favorito, pero dadas las condiciones de lluvia, era el mejor.

Mientras otro automóvil, conducido por un impertinente, la sobrepasa como bolido sin freno ni límite de velocidad y, habiéndolo hecho, levanta olas enormes, de la gran depresión del camino cubierto de lluvia acumulada, que caen sobre el cochecito de la hormiguita impidiéndole por casi un minuto toda visibilidad.

Ella mantuvo firmes sus manitas sobre el volante, levantó cuanto pudo su testa colorada, con sus antenitas bien erguidas, y recordó que detrás de ella venían varios autos y delante iba una Grand Cherokee negra, pero la hormiguita iba guardando “su sana distancia”, así que mucho más rápido de lo que se puede referir aquí, tomó una decisión: no frenó, retiró su patita hundida en sus zapatillas-tenis de Jazz, imploró al cielo que el parabrisas quedara libre del agua sucia y tras contar hasta once (su número favorito), hizo presión suave, solo un poquito, sobre el freno.

Nada le sucedió a la hormiguita, ni a los conductores detrás de ella... A la Grand Cherokee, menos; por el contrario, en la parte trasera de esa camioneta pudo haber quedado destrozado el carrito de la hormiguita colorada y ella muerta, si es que no se volteaba en la curva o, al frenar, salía de lado y...

Finalmente, todo quedó en un gran susto y una interrogante: ¿por qué ese conductor del auto blanco había hecho algo que lució como intencional?, o que desde cualquier punto de vista, resultaba innecesario y absurdo: ella no estorbaba su paso, pues él transitaba por el carril izquierdo y ella por el central, ni lenta ni demasiado acelerado su auto.

Casi para llegar a su destino, volvió con su interlocutor silente, el del espejo, y le comentó: -Entiende usted, por qué pienso que nada cambió después de la pandemia, ni cambiará... No para quienes tienen toda una vida de cultura ególatra y dominante, donde su principal valor es: “Lo hago porque quiero y puedo”.

Y la hormiguita continuó diciendo: ¿cuántas pandemias se necesitarán para que el mundo se transforme? Rueguen que Dios no escuche el clamor de los que: “ni quieren, ni pueden”.



Francesco Petrarca

(Arezzo, actual Italia, 1304 - Arqua, id., 1374) Poeta y humanista italiano. Durante su niñez y su primera adolescencia residió en distintas ciudades italianas y francesas, debido a las persecuciones políticas de que fue objeto su padre, adherido al partido negro güelfo. Cursó estudios de leyes en Carpentras, Montpellier, Bolonia y Aviñón, si bien nunca consiguió graduarse.

La lectura de las Confesiones de Agustín de Hipona en 1333 lo sumió en la primera de las crisis religiosas que le habrían de acompañar toda la vida, y que a menudo se reflejan en su obra, al enfrentarse su apego por lo terreno a sus aspiraciones espirituales. Durante su estancia en Aviñón coincidió con Giacomo Colonna, amistad que le permitió entrar al servicio del cardenal Giovanni Colonna. Para este último realizó varios viajes por países europeos, que aprovechó para rescatar antiguos códices latinos de varias bibliotecas, como el Pro Archia de Cicerón, obra de la que se tenían referencias pero que se consideraba perdida.

Con el fin de poder dedicarse en mayor medida a la literatura, intentó reducir sus misiones diplomáticas, y para ello consiguió una canonjía en Parma (1348) que le permitió disfrutar de beneficios eclesiásticos. Posteriormente se trasladó a Milán, donde estuvo al servicio de los Visconti (1353-1361), a Venecia (1362-1368) y a Padua, donde los Carrara le regalaban una villa en la cercana población de Arqua, en la cual transcurrieron sus últimos años.

Su producción puede dividirse en dos grupos: obras en latín y obras en lengua vulgar. Las primeras fueron las que le reportaron mayor éxito en vida, y en ellas cifraba Petrarca sus aspiraciones a la fama. Cabe destacar en este apartado el poema en hexámetros África (que dejó inacabado y en el que rescata el estilo de Tito Livio), las doce églogas que componen el Bucolicum carmen y la serie de biografías de personajes clásicos titulada De viris illustribus.

Petrarca logró en vida una importante fama como autor latino y humanista, tal como prueba su coronación en Roma como poeta, en 1341. Sin embargo, sus poemas en lengua vulgar recogidos en el Cancionero fueron los que habían de darle fama inmortal. Aunque Petrarca los llamaba nugae (pasatiempos), lo cierto es que nunca dejó de retocarlos y de preocuparse por su articulación en una obra conjunta, lo cual denota una voluntad de estilo que por otra parte resulta evidente en cada una de las composiciones, de técnica perfecta y que contribuyeron grandemente a revalorizar la lengua vulgar como lengua poética.

### ad pédem literae

“Cada fracaso le enseña al hombre algo que necesitaba aprender.”

Charles Dickens

### Letras de buen humor

“Yo creo en las familias numerosas: toda mujer debería tener al menos tres maridos.”

Zsa Zsa Gabor



mente resulta una de las pocas maneras de estar frente a la música. Así son ellos, los músicos del mariachi Charanda, a contrapelo con las modas de las canciones que no están dispuestos a tocar, como “El Rey” o “De qué manera te olvidó”, la libertad con la que han querido respirar la música que les emociona por diversas razones. Y un día se sumó la nueva generación: Emilia Perujo tomó el guitarrón, fascinada con su dificultad, y María desde mucho antes unió su entusiasmo y su voz para que “La tequilera” brotara de su garganta a todo corazón, como un himno desgarrador y melancólico, dulce y triste; y con ello la insistencia de grabar el disco que produjeron Alebrije Producciones y Stonetree

Records. Sin el disco, que ya circula, no podríamos escucharlos porque las voces estarán silenciadas, serán las últimas que nos vuelvan a cimbrar con su presencia viva, emocional, impredecible en cada ocasión. [https://fanlink.to/Mariachi\\_Charanda](https://fanlink.to/Mariachi_Charanda)

Por lo pronto, mientras ellos, los músicos y los cantores, vuelven a darnos la posibilidad de la cercanía, habrá que vivir un mundo enrarecido, donde los artistas no tienen trabajo ni apoyos. Ya les avisaré por aquí cuando el mariachi tradicional Charanda presente su disco para que entiendan mi desconcierto en tiempos de distancia nada sana para el espíritu: ya va siendo tiempo de escuchar con los ojos.

### Mónica Lavín

## Cantar está prohibido

Entiendo que uno de los peligros mayores respecto a un virus que aún no podemos combatir ni prevenir su contagio ni preparar a nuestro sistema inmunológico, es la saliva. Las minúsculas gotas que salen de nuestra nariz o boca y que, en caso de ser portadores del virus, aterrizan en las mucosas del otro, si es que las respiró, tocó una superficie donde éstas habían caído y se llevó las manos a la cara. En esta pandemia, los órganos de conexión con el mundo son la puerta de entrada del potencial enemigo. Nada más prohibido que usar los cinco sentidos en este tiempo. Los ojos por donde lloramos, los ojos por donde miramos, los que ponemos a descansar por las noches; la nariz con la que respiramos, con la que olemos lo grato y lo ingrato del mundo para acercarnos o cuidarnos de lo que nos hace daño; la lengua en la que paladeamos los sabores, los arrullos maternos, los guisos de la casa, las madalenas de la memoria, las sorpresas culinarias en constante exploración. Óyeme con los ojos, escribió Sor Juana en un verso que ahora es exponerse en carne viva, andar al garete ante la dudosa saliva de los demás. Gastar saliva no es algo que se deba hacer en estos tiempos y menos si se despilfarra cerquita del otro desprevénido.

De todas las manifestaciones del arte, de la convivencia, del afecto, el canto es la más castigada. Los músicos podrían reunirse con sana distancia y ensambalar las armonías y ritmos del sonido del instrumento de cada cual, pero la

maldición del canto no permitiría tener la audiencia necesaria. Mucho menos en una tertulia íntima, celebratoria entre amigos (esas que se siguen haciendo irresponsablemente, jugándose la entre todos). Pero cómo hace falta el fluir líquido de la voz tan conectada con las entrañas, con el adentro anímico, con el sonido orgánico. Y me refiero mucho más allá del canto operístico, de ese dominio técnico asombroso y sobrecogedor, a la voz del canto popular. Desde el canto rockero a la tradición mexicana, por nombrar lo que tenemos más a mano. Estos tiempos de pandemia boicotearon la presentación del disco, el primer disco de un mariachi tradicional de largo recorrido, el Charanda, dirigido por Emilio Perujo (donde se han ido sumando las nuevas generaciones). Sería en abril, luego en junio, y ahora —como todo lo que hemos ido postergando al unísono con la curva que no se aplanará, con el desconfinamiento errático— no sabemos cuándo se podrá dar ese foro celebratorio, en el Foro del Tejedor de la colonia Roma, convocando a los amigos, a los que los han seguido desde que cantaban “La Chata” hasta las nuevas incorporaciones como “El Cuervo”, “Las Olas de la Laguna” y “El Capulínero”. Mucha tradición acariciada con el ánimo, con los violines, la guitarra de golpe, la vihuela, el guitarrón y las voces. Entre las voces, las de mis hijas, descendientes de mariachero, son parte fundamental de este testimonio, memoria-documento: un disco en tiempos de no discos, que justa-